



El coqueto aerodinámico rocanrol de color caramelo de ron

Luis Díaz Feria

El conglomerado de mensajes mediáticos que emite permanentemente el ‘Pensamiento Único’ —antes ‘el Sistema’— ciertamente lleva camino de conseguir que la sociedad civil pierda toda capacidad de contestación ante los avasalladores argumentos que recibe a diario. La operación de dominio planetario planificada por el poder de este fin de milenio está organizada alrededor de dos estrategias fundamentales: en primer lugar, anular la conciencia de pensamiento creativo (vanguardia) como mecanismo de supervivencia de las minorías disidentes y, en segundo lugar, negar a la ciudadanía la posibilidad de un futuro decente (utopía) por la vía de anunciar el fin de todas las cosas y de todos los tiempos.

Gurús culturales, que un día fueron prestigiados por su capacidad de resistencia, reconvertidos hoy en figurones atontados por la vanidad mediática, cumplen el papel de convencernos sobre el inminente fin del Tiempo, de la Historia, de la Filosofía o de la Ideología.

El calado de estos mensajes claudicatorios y mesiánicos entre una sociedad que no dispone de los medios ni de los argumentos suficientes para contrarrestarlos resulta cada vez mayor, constatándose un escape de generalizados sectores de la sociedad civil hacia posiciones diversas de ‘salvación individual’.

La imagen del Sistema acelerando el consumo de recursos ecológicos tiene su imagen refleja en la quema de recursos éticos que subyace detrás de la recuperación de ciertas formulaciones hedonistas, generalmente inspiradas en tradiciones más o menos exóticas: irracionalismos y determinismo de variado cuño. Donde la razón deviene racionalismo ramplón de corte tecno-científico, el sentimiento deviene sentimentalismo acrítico de corte mágico-religioso. Una suerte de síntesis tecno-mágica que supone la consolidación del mensaje individualista e insolidario.

Cuesta trabajo aceptar la gravedad que ejerce lo finimilenario sobre

*La crisis
ecológica
reclama a gritos
un acuerdo
social
sustentado en
la Ética de lo
Suficiente*

La sociedad entera muestra su conformidad con la transformación de su territorio en un absurdo parque de atracciones

nuestra civilización, pero lo cierto es que, ante la urgencia del Fin de Todo, tecnos y magos malgastan su energía en la búsqueda desesperada de mínimos comunes de acción, sobre la base asumida de la ausencia de futuro. Al fin y al cabo, llegado el día después, o bien la providencia recrea algún equilibrio perdido, o bien se modifica genéticamente lo humano para una mejor adaptación al biosistema resultante de estas actitudes escapistas.

Mientras la crisis ecológica reclama a gritos un acuerdo social sustentado en la Ética de lo Suficiente, cuyo punto de partida sea la realidad de los recursos escasos y del mestizaje cultural, la sociedad del espectáculo evade el problema con variopintas propuestas de realidad virtual, en las que el enredo de un lenguaje tecnicante, acerca de lo económicamente cuantificable, resulta omnipresente.

Dentro de este contexto global cabe enmarcar la situación de Lanzarote, si bien el caso presenta un sesgo peculiar dada la curiosidad que despierta extramuros el hecho de que una sociedad entera muestre un grado de conformidad tan alto con el proceso de rápida transformación por el que su territorio se convierte en un absurdo parque de atracciones.

La ‘experiencia de Lanzarote’ inspira un abanico de impresiones, tanto para el local como para el visitante, que van desde la satisfacción por el servicio ambiental que presta el conjunto de la isla, hasta el desasosiego por el carácter artificial del paisaje que se vive. Efectivamente, mientras que para unos la posibilidad de circular por carreteras con los bordes adornados es signo de calidad, para otros resulta frustrante no poder recorrer más de veinte kilómetros sin que algún morfocoso giratorio les recuerde que alguien ya pasó por allí, y que a ellos sólo les resta por cumplir con su papel de invitados programados. Con independencia de la valoración positiva o negativa que cada grupo proponga, unos y otros están aludiendo a una misma realidad: Lanzarote es un lugar decorado.

Obviamente, para la lectura veloz y eventual que la industria turística propone del territorio, este carácter decorado de la isla, coincide en todo con la demanda de realidades simuladas que satisfacen el mercado de lo exótico.

Lo que quizá no es tan obvio es el esfuerzo que debe realizar la sociedad lanzaroteña para mantener su salud cultural ante el dilema esquizofrénico que supone renunciar a su territorio como única fórmula posible para alcanzar un relativo nivel económico.

El mínimo común acuerdo que parece haberse alcanzado en Lanzarote, consiste en la cesión del territorio como patrimonio cultural a cambio de que las actuaciones sobre el medio físico que se

programen resulten visualmente graciosas a las divisas entrantes, que es de lo que se come.

Para la sociedad de Lanzarote, la cultura territorial que se pone en entredicho con esta actitud, es la cultura de isla, la cultura de un espacio escaso acotado ancestralmente por el mar. El océano siempre supuso un límite último e infinito a la posibilidad de expansión, fundamentando la razón del habitar en la conciencia inmediata de que todo recurso disponible era, al propio tiempo, un recurso escaso. La necesidad de aprovechar cada rincón pisable de una isla pequeña y seca, es el punto de partida para un proceso de territorialización muy sentido y responsable, de tal forma que lo natural-salvaje se va incorporando al acervo cultural del habitar mediante cuidadosas transformaciones en las que el reequilibrio ecológico resulta automático. No se precisa de una expresa concienciación colectiva sobre la escasez de los recursos —el territorio en primer lugar—, simplemente el recurso escaso es La Cultura, y es así desde cientos de años antes de que lo occidental tenga que afrontar las consecuencias de reventar ‘sus recursos inagotables’.

Esta cultura de isla —cultura de territorio escaso— representa en sí misma un valor de integración social mucho más profundo que cualquier otra eventualidad administrativo-política, y para la sociedad de Lanzarote supone un poso histórico importantísimo en la búsqueda de su propio modo de civilización.

A la ética de lo suficiente que acompaña la cultura de isla le corresponde una expresión estética en la que el artificio no tiene cabida. Las formas acumulativas propias del modo de vida de la isla son consecuencia directa de una relación integrada entre lo humano y lo salvaje. La memoria del lugar encontrado ha permanecido siempre presente en las sucesivas transformaciones que la sociedad ha llevado a cabo para su supervivencia.

Pero hace ya treinta años que el cultivo turístico rompió esta cadena de coherencia en la relación entre el habitante y su medio. Para la versión de turismo que se ha utilizado en Lanzarote, el territorio es sólo un valor mercantil que, una vez separado de sus contenidos culturales y sociales, se convierte en suelo apto para programar infraestructuras turísticas. Incluso los paisajes más valiosos se sustraen al uso cotidiano de la población y, después de ser reddecorados, pasan a formar parte de un escaparate carente de cualquier sentido antropológico. El espacio de la compleja experiencia social se vulgariza en un trozo de terreno al que se califica como atracción turística. En definitiva, la distancia conceptual que separa una salina y el bazar que hoy se levanta en su lugar no precisa de mayores comentarios.

A la ética de lo suficiente que acompaña la cultura de isla le corresponde una expresión estética en la que el artificio no tiene cabida

A pesar de la evidencia en contra, la tesis triunfante del desarrollo continúa proponiendo la ejecución sumaria de territorios muy valiosos 'para mejorar la oferta turística'. Sin embargo, hoy en día no resulta prudente —sin sentir un poco de vergüenza— destinar millones de metros cuadrados, provenientes del patrimonio cultural de un pueblo, a la ampliación de este parque de atracciones. Partiendo de ese rastro de mala conciencia, al poder económico-político se le hace preciso encontrar fórmulas de compromiso que permitan justificar las actitudes desarrollistas de siempre bajo una apariencia de nueva sensibilidad. La más recientemente abrazada por el Sistema es la fórmula del desarrollo sostenible, que en traducción local significa desarrollo decorado, es decir, se incentivan actuaciones abusivas sobre el patrimonio territorial, siempre y cuando estén adornadas con nata y piedras, o con cualquier otra combinación contrastable en el mercado del artificio.

No resulta prudente destinar millones de metros cuadrados, provenientes del patrimonio cultural de un pueblo, a la ampliación de este parque de atracciones

El enunciado del desarrollo sostenible ha sufrido ya banalizaciones suficientes como para poner seriamente en duda su operatividad en orden a conseguir equilibrios ecosociales razonables. Se hace preciso reenfocar la visión de Lanzarote de cara al futuro bajo una óptica diferente y responsable. Sólo en la medida en que seamos capaces de preparar la sociedad de nuestros nietos, como si nosotros mismos fuésemos esos nietos, Lanzarote —o cualquier otro lugar— resultará sostenible.

No caben encubrimientos cosméticos para un territorio que ya ha sobrepasado su nivel admisible de visitantes, y que ya ha sustraído a su legado histórico territorial superficies más que sobradas para acoger el nuevo cultivo. La reducción de camas y la desprogramación de proyectos que alteren los significados territoriales del medio físico son los puntos clave para iniciar un debate responsable sobre la sostenibilidad de la Isla.

Desgraciadamente, los últimos proyectos anunciados para Lanzarote conllevan un consumo ingente de territorio: el campo de golf de Tías y el puerto bastante deportivo de Órzola son las muestras más recientes del sinsentido triunfante. ¿Qué cosmética se utilizará esta vez, para ocultar que esta manera de entender el desarrollo supone el suicidio de la identidad colectiva? Visto Tindaya, debemos esperar cualquier cosa.

Si, a pesar de todo, el disfraz ha de ser nuestro único rostro verdadero, por mi parte, me permito sugerir para Lanzarote la idea de un coqueto aerodinámico rocanrol de color caramelo de ron. Si no, no me suicido.